

A 30 AÑOS DE LA GUERRA
DE MALVINAS

El delantero Mansilla

POR LUIS CUELLO.

ILUSTRACIÓN DE PABLO ESTÉVEZ.

**“Lemarshandotabló”
vuelve a hacer presente
un pasado. Ahora sin
mediar un objeto que lo
active, construye un relato
ficcional entremezclando
algunas historias verídicas
que conoció porque
dispone oídos a quien
quiera contar.**



Dale, dale...! – gritó el pibe de unos doce años– *¡Dale que te tiré el pase pa cabesía...!*

El partido de fútbol en el campito de Barrio Cupani se había calentado. Los pibes se jugaban todo por un triunfo ante Villa El Libertador. El Cara Hachada, bautizado así por su labio leporino, hacía de relator, trepado a una tapia y con las manos en posición de bocina.

–*Avanza Mansía... ¡Aprovecha el pase de Alonsito y salta pa cabeceá!* El cabezazo del Negrito Mansilla pasó como cañonazo por entre las manos del arquero y el gol se gritó ante la improvisada tribuna. El Chino Ludueña no había podido marcar como hacía falta y apretaba los dientes de bronca. ¡Qué orgullo para el Negrito Mansilla, ser llevado en andas por sus compañeros! El sol le pegaba en la cara mientras saboreaba el 2 a 1. Era un grande.

Eso recuerda el soldado conscripto clase 63 Mansilla Heriberto, el Negro “Mansía”, mientras se frota las manos y trata de calentárselas con el aliento, en cuclillas, acurrucado en el pozo de zorro, allá, lejos de su barrio, muy cerca de su patria, en Malvinas.

Hace media hora que cesó el fuego de los obuses de 105 milímetros. Esperan otra redada de fuego rasante de los Harrier. La orden es “*Línea no ceder*”. Tres palabras que marcan el límite entre la vida y la muerte.

–*La ieva Mansía... Lo pasa a Reinoso... Sigue corriendo... Lo marca Ludueña...*

El Chino, que se había quedado con el gusto amargo en la boca, corría atrás del Negrito. Tenía que sacarle la pelota y al menos lograr el empate. Así que se adelantó y le cruzó la pierna. El Negrito rodó por el suelo. El Diente e’lata, que era el árbitro del partido y el sereno del centro vecinal, no cobró la falta.

–*¡Full, full! ¡¿Dónde tení lo ojo, che vendido?! –* gritó el Cara Hachada, perdiendo su poca objetividad de relator.

La situación de los soldados en Monte Kent y Monte Longdon es más que difícil. Cerca del 65 por ciento son sólo conscriptos. El final ya se huele, como se huele la muerte: se sabe que viene, pero no en qué momento.

–*Agache la cabeza milico de mierda...!* – grita el sargento Ramírez.

Las ráfagas de los Sea Harrier han reanudado la tarea de sembrar pánico y muerte. Tras ellos, los regimientos de los rifleros escoceses y los gorkhas avanzan tratando de tomar posiciones.

El Negro Mansilla, con los dedos entumecidos por el frío, no puede reponer el cargador del F.A.L. El sargento no alcanza a volver a repetir la orden de agacharse, que el milico Echeverría recibe el impacto de un disparo en la mitad de la cara. El soldadito raso cae hacia atrás, sobre Mansilla, que lo toma en sus brazos para acostarlo, ya muerto.

–*¡Agarrá el fusil, pelotudo, y hacé fuego que se nos vienen encima, carajo!* – grita Ramírez, que dispara sin cesar desde su propio pozo.

El partido seguía 2 a 1 con la victoria para el club de Barrio Cupani. Villa El Libertador ponía todo el aliento en el Chino Ludueña. Faltaba media hora para la pitada final; y el Negrito Mansilla era imparable.

“*Como corrí en ese partido –piensa el conscripto–. Hoy lo haría... Pero no debo. Y si pudiera, ¿a dónde iría?*”. El cargador del F.A.L. se le pega en los dedos por la sangre del compañero muerto a su lado. “*Quién es?*”, se pregunta. Son tantos que no sólo ha olvidado sus nombres, sino también sus rostros. La negra y fría noche envuelve la batalla. Sólo los cohetes de fósforo blanco y las balas trazadoras alumbraban el cielo.

–*Ahorrá munición, Mansilla, me cago en la mierda...! Tirá cuando se ilumine...!* – le grita el sargento.

Mansilla ya no tiene miedo. Está inmerso en algo que ya no entiende. Aturdido por los disparos de los obuses y los vuelos rasantes de los Harrier, las órdenes de su superior le suenan cada vez más como a la distancia.

En el campito de Cupani, el defensor del club local cometió una falta en el área, y “Diente e’lata” tocó el pito: tiro penal. Era la oportunidad de Villa El Libertador. El Chino Ludueña, a doce pasos, tomó envión, corrió, y de un fulminante zurdazo clavó el 2 a 2 en el ángulo. La ovación de la hinchada visitante embriagó al Chino Ludueña, que sonrió y miró con sorna al Negrito Mansilla.

Al conscripto Heriberto Mansilla los gritos de los soldados se le confunden con los gritos de sus recuerdos. Ante la luz de cada explosión, la muerte deja ver su trabajo: soldados sangrantes, llorando, pidiendo por sus madres; otros vagando perdidos y cayendo ante el fuego enemigo o pisando las minas antipersonales que ellos mismos han sembrado; dejando un rastro macabro de sangre y vísceras hasta caer a los pocos metros.

El Negrito transpiraba. Faltaban pocos minutos para que finalizara el partido. Ya parecía un duelo entre él y el Chino, más que el de un equipo contra otro. Mansilla aprovechó el centro que le tiró el cabezón Rubén, picó en punta, entró al área, y a partir de allí sus oídos se dejaron embriagar por el grito de gol de su hinchada.

El sol comienza a asomarse en el helado amanecer de Monte Longdon, dejando ver el horror del combate de esa noche. El conscripto Heriberto Mansilla toma su fusil y divisa al enemigo dentro del área, a doce pasos. El nudo en el estómago y la aceleración de su corazón le hacen tomar conciencia del desenlace.

–*¡Sargento...!* –grita el Negro Mansilla. Pero el sargento no contesta. Está tirado en el área chica, en su posición, con la ametralladora MAG 7,62 en la mano, tendido de espaldas, tieso, con el pecho color escarlata y los ojos abiertos, blancos, para no ver más el horror.

No faltó el de la hinchada visitante que gritara “*¡Tá orsai!*” para que se armara la pelea entre las barras bravas de los equipos. Era la oportunidad que esperaba el Chino Ludueña. Corrió tras el Negrito, lo empujó, y se lanzó de rodillas contra su pecho.

El conscripto clase 63 Mansilla Heriberto no se percató del rápido avance del enemigo ni cuando siente la mirada del gorkha que con los pies sobre sus costillas y con un rápido movimiento le rebana el cuello con su kukri. El calor de la sangre le corre por su cuello y su pecho hasta gotear sobre el hielo de la helada trinchera. Sin poder gritar, le dice:

–*Eh, Chino... ¿Que tai haciendo...? Si ió no taba en orsai...*

Y cierra sus ojos para siempre en el frío amanecer malvinense. El poco sol asomado, le da en la cara. Pero ya no lo siente.

“*¿Orsai?*”, se pregunta el gorkha.

Las tropas inglesas, lentas y seguras, avanzan aquel 14 de junio hacia Puerto Argentino, allí nomás, a un tiro de piedra. 

